

tiana llamada Isabel, que se convirtió al Islam y recibió el nombre de Zoraida, nombre de la constelación de las Pléyadas, pero esta constelación alumbró á muchos musulmanes españoles en su viaje al otro mundo. El sultan prefirió la segunda esposa á la primera porque era mas jóven, y los hijos de la primera, al ver que su padre se volvía mas y mas duro y despótico, acabaron por abrigar graves temores, y huyeron en el año 887 (1482) á Guádxix, cuyos habitantes les recibieron con entusiasmo y se pusieron de su parte. Llamábase el mayor Abu Abdallah Mohammed, con el sobrenombre de Boabdil (el chico), y el menor Yusuf. El padre, para sofocar la rebelion, marchó á Málaga, y entonces estalló la guerra civil, en la cual hubo combates de que no hay necesidad de hablar por las atrocidades que se cometieron, porque á tanto llegaron que «el padre mató al hijo.» Este hijo debió de ser Yusuf, porque en adelante solo se habla de Boabdil, que continuó la guerra contra su padre y el hermano de éste, Mohammed, llamado El-Zagal. Entretanto Fernando, esposo de Isabel la Católica, se había apoderado en 887 (1482) de la cercana Alhama, hecho de guerra que celebra uno de los mas bellos romances antiguos traducido quizás del árabe. Hay que hacer á Fernando, influido por el clero y su esposa fanática, la justicia de que dirigió magistralmente la empresa de echar de España á los últimos musulmanes. Apoyó alternativamente á El-Zagal contra Boabdil y al débil Boabdil contra El-Zagal, que había empuñado el gobierno del reino de Granada en lugar del ya caduco Abu'l-Hasan, que por lo demás murió poco tiempo despues. Se atrajo la voluntad de la poblacion, vejada y cansada, con promesas que cumplió puntualmente hasta que con su ayuda se hizo dueño de Granada. Primero conquistó á Málaga en 892 (1487), defendida heroicamente por el valiente zegrí Hamet (probablemente Ahmed); en 895 se rindió el infatigable Zagal, y en 896 (1491) el ejército cristiano completó el cerco de Granada. La reina Isabel llegó al campamento cristiano para compartir el triunfo que con inflexible voluntad había

preparado é impulsado. Llamó Santa Fe á la ciudad de chozas en que se había transformado el campo cristiano, como el que en otro tiempo había hecho construir Abderraman III para tomar á Toledo. Finalmente se decide Boabdil, desesperado, á rendir la plaza y Fernando acepta la capitulacion, que garantiza á los mahometanos la seguridad personal y sobre todo el culto libre de su religion. Igual beneficio alcanzó Boabdil para sus súbditos judíos; y arreglado esto, salió de la ciudad por la puerta de la Ley el 1.º de Rabí de 897 (2 de enero de 1492) para recibir á los vencedores, y les entregó la ciudad y todo el reino.

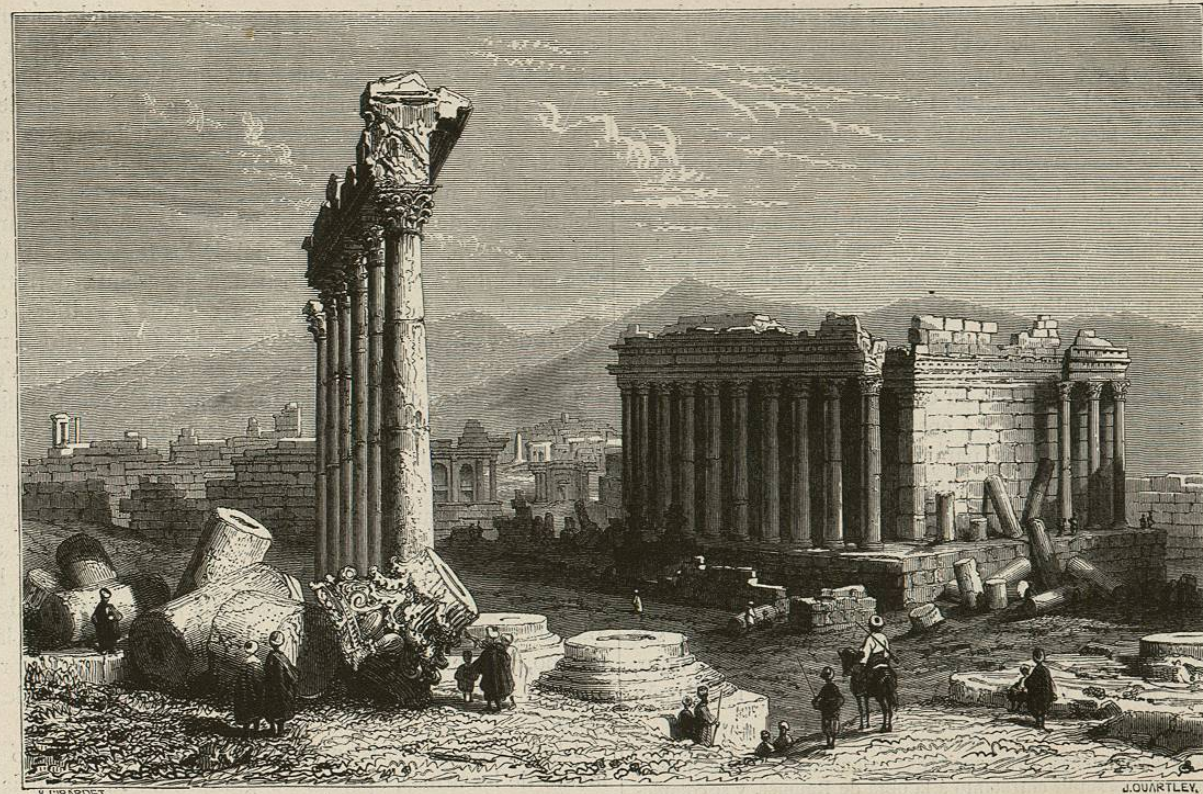
El Zagal pasó á Tremecen, en Africa, donde murió, y Boabdil se dirigió al pueblo de Andarax, en las Alpujarras, que Fernando le había dado en feudo. Cuando Boabdil hubo llegado al punto donde tuerce el camino, volvió á echar una última mirada á la Alhambra y rompió á llorar; entonces cuéntase que le dijo su madre, indignada: «¡Llora como una mujer, ya que no has tenido valor para defenderte como un hombre!» El sitio donde ocurrió esta escena se llama todavía «el último suspiro del moro.»

No permaneció mucho tiempo el infortunado príncipe en Andarax; su visir traidor le indujo, en el año 1493 (898-899), á embarcarse para Fez, donde pasó el resto de su vida.

En las actas del Santo Oficio se encuentra escrito cómo cumplieron los cristianos á los moros la capitulacion pactada; de los judíos no hay que hablar. Aquel cristianismo fué como el que poco tiempo despues aplicaron los Pizarro y Almagro á los súbditos inofensivos de los Incas. Zoraida, la segunda viuda de Abu'l-Hasan, volvió á hacerse cristiana y á llamarse Isabel; sus hijos recibieron un escudo de armas con el antiguo lema árabe de su casa: *La galiba illa 'láhú*.

La crítica mas amarga de la conducta de los reyes Católicos y la profecía del castigo que atrajeron sobre la nacion española, está en este lema: «No hay mas vencedor que Dios,» y Dios es la verdad.

FIN DE LA HISTORIA DEL ISLAMISMO EN ORIENTE Y EN OCCIDENTE



HISTORIA DE LAS CRUZADAS

POR B. KUGLER

CAPÍTULO PRIMERO

EL ORIENTE Y EL OCCIDENTE ANTES DE LAS CRUZADAS (1)

La lucha entre los pueblos de Oriente y los de Occidente es casi tan antigua como la historia del género humano. En la antigüedad las hordas guerreras de los persas, principalmente, amenazaron el libre desarrollo de la cultura europea. En la Edad media surgió el espíritu guerrero de los árabes contra los bizantinos y germanos. Pero los ataques de los persas se fundaban en primer término en razones políticas, al paso que los árabes se levantaron desde luego movidos por la idea de su antagonismo religioso contra el cristianismo, y no solo querían combatir y vencer, sino también convertir al islamismo á los vencidos. Los persas además sucumbieron despues de una lucha relativamente breve, vencidos por el genio superior de los griegos, y una gran parte del Asia

quedó en su consecuencia, sujeta al influjo de la cultura y costumbres griegas; los mahometanos, por el contrario, conquistaron toda el Asia helenizada, el Africa del Norte y los mas ricos países de Europa, y redujeron á límites, cada vez mas estrechos, la dominacion de la cruz, á pesar de algunos reveses

mismo Michaud, sino de su colaborador Reinaud. Wilken publicó (Leipzig 1807-1832) una «Historia de las Cruzadas» en siete volúmenes, fruto de profundos conocimientos y extraordinaria aplicación; y en su última parte escrita con excelente sentido crítico. El primer tomo (Historia de la primera cruzada) es para nosotros completamente anticuado; los que siguen á este están sobrecargados de nuevas investigaciones particulares; pero la segunda parte de la obra tiene aun gran valor y constituye en parte el fundamento principal de nuestros conocimientos. En los últimos tiempos se han publicado, principalmente, dos obras, que abrazan toda la historia de las cruzadas, pero que tienden á sacar á luz la participacion de un solo pueblo en ellas: la una es del conde de Riant, titulada «*Expéditions et pèlerinages des Scandinaves en Terre sainte au temps des croisades*», un tomo Paris 1865, al cual siguió un cuaderno «*Tables*» Paris 1869, y la otra es de Rohricht titulada «*Essays utiles para la historia de las Cruzadas*», dos tomos Berlin 1874 y 1878. Parte del primer tomo de estos ensayos, y todo el segundo, están dedicados á hacer la historia de las expediciones de los peregrinos y cruzados alemanes á los Santos Lugares. Esta historia se funda en dilatadísimos estudios, presenta el estado actual de las investigaciones y esclarece los trabajos posteriores sobre la época de las cruzadas, merced á los materiales ricos y concienzudos que inserta en las notas. Rohricht además ha merecido mucho en estos estudios por una serie completa de pequeños trabajos monográficos útiles para la historia de las cruzadas (véase mas adelante). La extensa «Historia de Hohenstaufen» de Raumer (6 volúmenes, Leipzig 1824, quinta edicion Leipzig 1878) contiene también en gran parte la historia de las cruzadas, pero deja mucho que desear respecto de la investigacion de aquella época, y al presente debe considerarse como anticuada ó de poca utilidad. La «Historia de la época imperial alemana» de Giesebrecht

(1) Durante la primera década de este siglo brillaron dos hombres por sus dotes de erudicion y sus profundos estudios sobre toda la historia de las Cruzadas, de tal suerte, que los libros antiguos que tratan de esta materia solo tienen importancia, desde entonces, para algun fin especial de la investigacion científica. Fueron estos dos hombres Michaud y Wilken. Michaud publicó (Paris 1812-1817) una «Historia de la época de las Cruzadas» en tres tomos, de la cual se hicieron muchas ediciones (la última en Paris 1840); además dió á luz (Paris 1830) una *Biblioteca de las Cruzadas*, que arranca desde los primitivos escritores que trataron de este asunto. Su «Historia de las Cruzadas» se distingue por su interesante exposicion, pero está basada en una crítica defectuosa y es por lo tanto inservible para las exigencias de la época actual. Su «Biblioteca» sigue ofreciendo en parte preciosos materiales, sobre todo en el tomo que contiene documentos tomados de obras arábigas, pero que no es del

aislados durante diez siglos completos. Por primera vez de pocas generaciones acá, desde el levantamiento del sitio de Viena en el año 1683, fué calmándose paulatinamente en el corazón de Europa el temor á las armas de la Media luna y por primera vez la época novísima (la edad moderna) ha afirmado plena y omnímodamente la superioridad de la civilización occidental sobre la oriental.

A esta clase de relaciones pertenecen las cruzadas; que no deben considerarse solamente como una levantada expresión del deseo de orar con fervorosa piedad sobre el Sepulcro de Jesucristo en Jerusalem, sino mas todavía como una grandiosa empresa sin éxito definitivo, pero fecunda en trascendentales resultados, de la Cristiandad reunida, encaminada á arrancar al islamismo en toda su extensión, los antiguos territorios cristianos perdidos, y á ensanchar despues la dominación de la Cruz hasta los parajes en que antes no había penetrado. Tenemos pues que estudiar ante todo, cómo los mahometanos pudieron conquistar terrenos en los países cristianos hasta poco tiempo antes del comienzo de las Cruzadas.

El siglo primero, despues de la muerte de su Profeta, les dió los mas importantes resultados; pues marcharon sus ejércitos victoriosos por la Persia hasta la India y el Turan; arrancaron la Siria y el Africa á los bizantinos y la España

(hasta ahora 4 volúmenes, Brunswick 1855 y siguientes, 4.ª edición 1874 y siguientes) vino á suplir entretanto á la obra de Raumer, y se completará en lo que aun la falta con extensas monografías que se mencionarán mas adelante. La historia de los griegos en la época de las cruzadas ha sido tratada con amenidad por Jorge Finlay en la «History of the Byzantine and Greek empires from 1057 to 1453», Edimburgo y Londres 1854. La «Historia de Grecia desde el principio de la Edad media hasta nuestros dias» de Hopf está hecha con profundo conocimiento de la materia y se publicó en la «Enciclopedia general de las ciencias y las artes de Ersch y Gruber, tomos 85 y 86, Leipzig 1867 1868». Sobre las excelentes bases puestas por Hopf, continúa edificando Hertzberg en su «Historia de Grecia» tomos I y II, Gotha 1876 y 1877. También puede citarse Ed. de Muralt «Essai de chronographie Byzantine 1057-1453», dos volúmenes, Basilea y Ginebra 1871.—Weil da una idea general de la historia del Oriente mahometano en su «Historia de los califas» 5 tomos, Mannheim y Stuttgart 1846-1862: el tercer tomo de esta obra comprende la historia de los años 945-1258. El mismo autor ha publicado tambien un compendio titulado «Historia de los pueblos musulmanes desde Mahoma hasta la época del sultan Selim», Stuttgart 1866.—En lo concerniente á la historia de la civilización en la época de las cruzadas, es de mérito sobresaliente la obra de Heyd, tan rica como verídica, cuyo título es: «Historia del comercio de Levante en la Edad-media», 2 tomos en Stuttgart 1879: y despues la de Reuter «Historia de la instrucción religiosa en la Edad-media», 2 tomos, Berlin 1875 y 1877. Los escritos mas importantes, que sirven de fuentes para la historia de las cruzadas, á excepcion de las ediciones completamente anticuadas, han sido coleccionados por Jac. Bongarsius en la aun hoy valiosa obra *Gesta Dei per Francos, sive orientaliū expeditionum et regni Francorum Hierosolimitani historia* (ab. a. 1095 ad 1420) á *variis sed illius aevi scriptoribus, litteris commentata*. Hannoveriae 1611. 2 tomos en un volumen. Desde 1841 se publica en Paris con el título de *Recueil des historiens des croisades*, una nueva colección de los antiguos escritos, que ofrece abundantísimo material para las investigaciones. Por lo demás, no se pueden citar aquí estos documentos primitivos, principalmente porque á ellos pertenecen no solo estas notas que tratan exclusivamente de la historia de las cruzadas, sino casi todas las crónicas, y gran parte de las cartas y originales, por los cuales conocemos al detalle la historia de los siglos XI, XII y XIII. El investigador ó el crítico debe tener á la vista, además de los *Gesta Dei per Francos*, y del *Recueil des hist. des croisades*, el material completo de Oriente y Occidente relativo á las fuentes que sirven para la historia de esta época. Para entrar en el fondo de este asunto nos ofrecen ancho campo por una parte, los doctos trabajos de otros escritores, que son producciones de la nueva literatura, mencionadas en el presente libro; y por otra y de una manera muy especial la excelente obra de consulta de Potthaft *Bibliotheca historica medii aevi*, un tomo, Berlin 1862, con mas un «Suplemento» publicado en Berlin 1868.—El primer capítulo del presente libro está basado en la obra de Rohricht «Las peregrinaciones á los Santos Lugares antes de las Cruzadas» inserta en el diccionario portátil histórico de Raumer publicado por Riehl en el año 1875.

á los visigodos. Entonces emprendieron aquel portentoso ataque sobre el resto de la Cristiandad, sitiando por una parte á Constantinopla, capital del imperio de Oriente, por mar y tierra, y penetrando además en el imperio de los francos por los Pirineos; pero aquí se estrellaron sus audaces tentativas. El valeroso emperador Leon III, el Isaurio, les obligó con su heroica resistencia (717-718) á levantar definitivamente el sitio de Constantinopla, sostenido durante un año entero, y el ejército feudal de los francos á las órdenes de Carlos Martel les causó una sangrienta derrota en los espaciosos campos situados entre Tours y Poitiers, en el otoño de 732. Las considerables pérdidas que sufrieron en ambos teatros de la guerra, fueron causa de que en la época siguiente á estos acontecimientos no acometiesen tan gigantescas empresas como en la anterior; pero la afición á luchar contra los cristianos fué en ellos siempre firme á pesar de todo esto, y paso á paso fueron ensanchando sin cesar los dominios del islamismo. Las islas del Mediterráneo cayeron bajo su poder en su mayoría; sobre todo desde que se apoderaron de Creta y Sicilia en el trascurso del siglo IX. Desde esta época devastaron las costas de las penínsulas de los Balkanes y de Italia, se establecieron aquí y allí por largo tiempo, y en el siglo X penetraron otra vez en el interior de Francia y pasando los Alpes llegaron hasta el país de los grisones.

El poderío, que el islamismo adquirió de este modo por medio de las armas, aparece de grandísima importancia, si se considera, que los sabios y artistas mahometanos eran superiores, bajo muchos conceptos, á los cristianos coetáneos. Sin embargo, el mérito de los árabes en este punto no debe exagerarse demasiado. Ellos tuvieron la fortuna de conquistar países de antiguo cultivados y en su mayor parte ricos y florecientes, cuyo comercio é industria, artes y ciencias necesitaban solo estudiar, asimilarse y desarrollar mas y mas segun sus propias facultades; cosa que realizaron con acierto y talento. La filosofía, las ciencias naturales, la arquitectura y la poesía fueron cultivadas con igual esmero; y de este modo la fuerza militar, la riqueza y la cultura intelectual unidas, lograron elevar el territorio mahometano al mas alto grado de perfección que consentia aquella época.

Por el contrario, les fué mal, en lo concerniente al desarrollo político de este territorio. Los califas sucesores del Profeta lograron por muy poco tiempo entera sumisión por parte de sus súbditos. La ambición de los potentados del orden civil y el fanatismo de las sectas religiosas quebrantaron su dominación. Sucesivamente se formaron tres califatos: el antiguo y ortodoxo (sunnita), establecido primero en Damasco y despues en Bagdad; el califato español de los Omniadas, que se separó por motivos no solo religiosos sino políticos; y el califato herético (shiita) de los fatimitas de Egipto. El califa de Bagdad perdió además su poder político con una serie completa de príncipes, mas ó menos independientes y que mantuvieron luchas entre sí; de suerte que al fin solo le quedó la dirección espiritual de sus secuaces, y el califato español se fraccionó asimismo á principios del siglo XI, repartiéndose entre los ambiciosos gobernadores de las provincias.

Esta ruptura política del Mahometismo facilitó á los cristianos lo que de otro modo apenas hubieran logrado por casualidad, á saber: no solo hacerse fuertes en el resto de sus posesiones, sino tambien recuperar una pequeña parte del territorio perdido. Los visigodos españoles, algunos de los cuales conservaron su libertad en la parte mas septentrional de la península, arrancaron poco á poco á sus enemigos en prodigiosas guerras como una tercera parte de aquel hermoso país, y los bizantinos reconquistaron á Creta y las

plazas principales de Siria en la segunda mitad del siglo X, sobre todo la grande y rica Antioquia, segunda ciudad de su imperio.

Pero la terrible doctrina de Mahoma, que impone á los creyentes el deber de guerrear contra los infieles, y presenta al combatiente valeroso la perspectiva del mas rico galardón en el paraíso, hizo que continuaran pesando siempre sobre los cristianos nuevos peligros. En el siglo XI las feroces hordas guerreras de los turcomanos, despues de haberse convertido al islamismo, abandonaron sus antiguas guaridas á orillas del mar Caspio y del lago de Aral y penetraron en el territorio del califato de Bagdad. Su primer jefe se llamaba Seldyuk, y despues de él sus secuaces, y luego todo el pueblo, tomaron el nombre de Seldyucidas. Poco á poco lograron estos despojar de sus respectivos Estados á los príncipes que se hacían la guerra entre sí en el Iran y en la Mesopotamia, reuniendo de este modo bajo su poder casi toda el Asia anterior musulmana. Cuando esto se hubo realizado, una nueva afición se agregó á las que ya pesaban sobre el imperio bizantino. El Asia Menor fué invadida y devastada de la manera mas horrorosa por repetidas bandas de ladrones y conquistada por decisiva victoria; pues el gran Sultan de los seldyucidas, Alp-Arslan, derrotó completamente y cogió prisionero al emperador romano Diógenes el 26 de agosto de 1071, junto á Manzikert en la Armenia. Una cosa parecida sucedió con el Occidente pocos años mas adelante, despues que los valientes y fanáticos almorauides fundaron un gran imperio en la mitad occidental del Norte de Africa y desde allí subyugaron los fragmentos que quedaban del califato español. También allí el rejuvenecido vigor del islamismo se levantó contra los cristianos con golpes que casi los aniquilaron.

En tal estado de cosas debía surgir la cuestión, de si podría darse impulso á la defensa de la Cruz contra los mahometanos, de distinta manera y mas unánimemente que hasta entonces. Ante todo estaba amenazado el imperio bizantino, cuya mitad, formada por el Asia Menor, nunca pudo ser recuperada despues de la batalla de Manzikert contra los seldyucidas. Aquel imperio no estaba, en manera alguna, tan decrepito, ni tan débil como tantas veces se ha supuesto, pues hubo en el trono durante los últimos siglos, un gran número de hombres valerosos y prudentes lo mismo que al frente de los ejércitos. Las legiones bizantinas, perfectamente disciplinadas, habían sido repetidas veces el terror de los eslavos y de los árabes; en las ciencias y en la industria, aventajaban á los pueblos vecinos, y la nacionalidad griega, predominante en el imperio, resistió con tenaz vigor las fuertes sacudidas que sobrevinieron en los primeros siglos de la Edad media. A pesar de esto se hallaba á la sazón, sobre todo á causa de sus propios vicios, en la más lastimosa situación; pues hacia algun tiempo, que toda la antigua firmeza del gobierno había desaparecido en las repetidas revoluciones palaciegas de los magnates descontentos. La lamentable administración del serrallo se empeoró con el desorden general. La fuerza de resistencia del ejército se debilitó profundamente por la avara economía con que se atendía á todas las necesidades militares; y para llevar el mal á su colmo, se siguió una política tan absurda como ignominiosa en los puntos mas vulnerables de las fronteras. En el Este del Asia Menor existía hacia próximamente dos siglos, bajo la dinastía de los bagrátidas, un Estado armenio libre, que era mirado con malos ojos en Constantinopla á causa del codiciado territorio y del odio de religion que se tenía á la iglesia particular de los armenios. Precisamente en esta época, cuando debía haberse apoyado por todos los medios á este Estado, se le obligó á someterse, empleando al efecto la

astucia y la violencia, á pesar de lo cual, la frontera no se fortaleció sensiblemente, sino que se debilitó bien á las claras, y así no fué maravilla despues de todo, que el emperador romano Diógenes, no obstante la valerosa lucha, en que verdaderamente no cometió ninguna falta, sucumbiese ante los enemigos, y que su sucesor, Miguel VII (1071-1078), pedante instruido, sin ningun valor, desesperase por completo de poder sostenerse con sus propios recursos ante las acometidas de los mahometanos victoriosos.

Pero al echar una mirada á su alrededor en demanda de auxilio ¿á quién iba á dirigirse? Tres siglos antes se había erigido de nuevo el imperio romano en el lejano Occidente, basado en las victorias de Carlos Martel y de sus sucesores; y Carlo Magno poseyó un poder tan vasto é influyente, que no solo mantuvo amistosas relaciones con el califa Harun el Raschid para favorecer á los cristianos de la Tierra Santa, sino que pudo ofrecer á estos correligionarios auxilios militares contra los mahometanos, para el caso de que se viesen en grande apuro, de lo cual inventó mas tarde la tradición una cruzada formal de Carlos. Asimismo los sucesores del gran emperador tuvieron al principio bastante importancia para animar á los bizantinos y á los cristianos de Jerusalem á que les pidiesen auxilio contra los enemigos de su fe; pero pronto cayó el imperio de los francos en la mas espantosa anarquía; y aun cuando los enérgicos emperadores alemanes de las casas de Sajonia y de los Salios reunieron de nuevo en sus manos una gran parte de aquel imperio, su poder parecia entonces tocar á su término. En Alemania el jóven Enrique IV reinaba mas de nombre que de hecho desde 1056. Los magnates del imperio le habían arrebatado el poder, é intentaban tener sometida la corona todo el tiempo que les pluguiese. En Italia se habían erigido poderes locales en todos los pueblos. Francia se encontraba en completo estado de descomposición bajo el débil rey Felipe: no era posible encontrar ya una comunidad política grande y fuerte en el territorio de la cristiandad romana.

Pero en su lugar el Papado trató á la sazón de presentarse á la cabeza del Occidente. Gregorio VII, imbuido en los ideales teocráticos, que habían nacido paulatinamente en la Europa occidental desde la caída del imperio Carolingio, empleó su espíritu y su vida entera en someter á su voluntad omnimoda la Iglesia y los Estados, los príncipes y los pueblos. Quiso que los clérigos, libres de toda influencia civil, dependieran únicamente de él, y respecto de los seglares exigía obediencia, no solo en asuntos de religion, sino tambien incondicional é inmediata en las cosas de este mundo. Como una especie de emperador espiritual, se creía llamado á dirigir á su voluntad la política del hombre de Estado, la espada del guerrero y la oración de los fieles cristianos. El plan era tan gigantesco, como extravagante y enteramente inasequible; pero al principio las exigencias del papa hicieron profundísima impresión y arrastraron consigo de un modo incontrastable los sentimientos de los hombres. Gregorio encargó á muchos príncipes y guerreros de Francia, Borgoña é Italia «fieles á San Pedro», que esperasen sus órdenes para trabajar con la espada y con la lanza en la fundación de la teocracia romana.

En Roma solo, por consiguiente, se encontraba bajo este punto de vista un poder capaz de llevar á los bizantinos el medio de librarse de los seldyucidas, y á Gregorio principalmente dirigió su vista el emperador Miguel, pidiéndole auxilio y poniéndole en perspectiva la union de la cristiandad del Oriente con la Iglesia del Occidente. El papa recibió con entusiasmo la petición, que abría ante su vista un nuevo é inesperado círculo de actividad, y resolvió acceder á aquella súplica esperando, con el gran sentido de siempre, que